

EMERITA AUGUSTA (MÉRIDA)



CÆSAR AUGUSTA (ZARAGOZA)



astures vencer, tambien la esclavitud les era insoportable. Así pasado algun tiempo, concertáronse entre sí aquellos mismos esclavos, mataron á sus señores y dueños, ganaron los montes y riscos, y no les fué difícil conmovier todo el país y alzarlo en masa.

Infundia ya pavor á los romanos tan indómata gente. Arre- drábalos la idea de tener que exterminar aquella raza tan feroz si habian de vencerla, y asombrábalos tanta obstinacion y porfía, tanto desprecio de la vida. Pero no podia tampoco el señor del mundo dejar vivo y sin apagar aquel fuego, aquel foco perenne de rebelion, mas temible en España que en otra parte alguna. Así hubo de enviar á sujetarlos á su mismo yerno M. Agripa, que envaneído por sus victorias contra los germanos, gente tambien belicosa y fiera, creyó reducir con la misma facilidad á los cántabros y astures (1). Pronto recibió el desengaño: tan impetuoso fué el primer arranque de aque- llos españoles, tanto impuso á las nuevas legiones romanas el formidable aspecto de aquellos montañeses, que entrando el desaliento y la consternacion en sus filas, hubo de sufrir la humillacion de retirarse el vencedor de la Germania. Tuvo que tomarse tiempo para restablecer la disciplina de su ejér- cito, para reanimar con castigos y con arengas el abatido valor de sus soldados. Notable fué la severidad que usó con la legion llamada *Augusta*, una de las que con mas cobardía se habian conducido en el combate. Agripa la declaró indigna de llevar aquel nombre, y la disolvió toda entera. Este ruidoso y ejemplar castigo surtió su efecto, picando el pundonor de las demás legiones.

Cuando ya tuvo sus tropas mejor dispuestas, emprendió de nuevo la campaña, y habiendo tenido la suerte de sorprender á los cántabros en una llanura, empeñólos en una accion general en que quedó vencedor. No dejó con vida un solo hombre de los que cayeron en sus manos: destruyó todas sus viviendas de la montaña; hizo á los ancianos, mujeres y niños bajar á morar á los llanos, no sin que presenciara horribles escenas de madres que mataban á sus hijos, de hijos que daban la muerte á sus padres de órden de ellos mismos, no queriendo conservar la vida con la esclavitud. Agripa hizo ocupar militarmente todo el país (2).

Gran sensacion y extraordinario contento causó en Roma la terminacion de la guerra cantábrica (19). Con ella quedó sujeta toda España, con ella acabó de perder su libertad despues de dos siglos de heroica é incesante lucha. «Espana, repetimos con Tito Livio, el primer país del continente que invadieron las armas romanas, fué el postrero que se sometió.» Desde Escipion hasta Agripa habian mediado doscientos años. Este es el primer elogio que puede hacerse del genio indomable de los hijos de esta region del mundo. España quedó reducida á provincia del imperio.

Siguióse una paz, que se llamó proverbialmente paz Octa- viana; aquella paz que dijo Tácito: *ubi solitudinem faciunt, pacem appellant*.

CAPITULO VIII

Situacion de España

DESDE LA EXPULSION DE LOS CARTAGINESES HASTA SU COMPLETA SUMISION AL IMPERIO ROMANO

Examínase las causas de la guerra. — De su duracion. — De su resultado. — Por parte de los romanos. — Por parte de los españoles. — Gobierno de España durante las guerras de la república. — Pretores. — Cuestores. — Lo que excitaba su avidez. — Influencia de las riquezas en Roma. — Venalidad. — Desmoralizacion. — Escandaloso lujo de los patricios. — Miseria de la plebe. — Causas que prepararon el gobierno imperial. — Estado intelectual de España en este tiempo. — Respectiva civilizacion de los habitantes de las diferentes comarcas españolas. — Poetas cordobeses. — Influxo de Sertorio en la civilizacion de España. — Idem de Augusto. — Reflexiones.

La paz que despues de tan largos siglos de luchas alcanza- mos; la sumision total de España á Roma, y el tránsito del go-

(1) Mariana hace venir ya á Agripa desde la primera guerra cantábri- ca, lo cual está en contradiccion con todas las historias antiguas, que le suponen en aquel tiempo ocupado en otra parte.

(2) Dion Cass. lib. LIV. — Paterc. lib. II. — Flor. lib. II.

bierno republicano al imperial, todo ofrece al historiador oca- sion oportuna para dar á sus lectores y darse á sí mismo un momento de descanso, que bien lo hemos unos y otros menester para reposar de las aflictivas y enojosas relaciones de guerras y batallas, de tantas escenas de dolor, de desolacion y de sangre, sin que nos haya sido posible aliviar de ellas á nues- tros lectores, por mas que hayamos procurado aligerarlas; que tal es la naturaleza de estos períodos históricos en que la suerte de los pueblos depende solo de la suerte de las armas. Parécenos haber llegado á la cumbre de una altura, desde donde mas tranquilos podemos contemplar la marcha de los mismos sucesos y examinar su influencia en la condi- cion física y moral del país.

¿Quién provocó esta lucha singular? ¿Cómo tan dilatado espacio de tiempo se sostuvo? ¿Por qué se malograron los heróicos esfuerzos de los españoles? ¿Por qué fué tan lenta la conquista por parte de los romanos?

El pensamiento perpetuo de Roma era conquistar. Lo disul- muló en España mientras tuvo en ella otros enemigos que combatir. Convínole entonces mostrarse generosa con los españoles, fingirse su aliada y amiga. Vencidos y expulsados los cartagineses, varió de todo pinto la política de Roma. A la conducta en lo general noble y generosa de los Escipiones, bien fuese dictada por los sentimientos de su corazon, bien producto de un sistema político prudentemente calculado, reemplazaron las vejaciones, las crueldades y las estafas de los pretores, avarientos casi todos, traidores y alevos muchos, tiránicos y opresores los mas. Si alguno se mostraba desinte- resado como Caton, ó humanitario y conciliador como Graco, divisábase apenas entre la turba de los Galbas y los Lúculos, de los Didios y los Crasos, que unian á la rapacidad el desen- freno, y á la crueldad la alevosía. Roma, que desde la expul- sion de los cartagineses, habia arrojado la máscara como conquistadora, aprovechándose de tener sus legiones apode- radas de una gran parte de España, la arrojó tambien como explotadora, permitiendo y tolerando, ya que mandando no, el desastroso sistema de sus gobernadores militares, especie de soberanos y tiranuelos consentidos y casi autorizados.

Y casi autorizados; porque el senado y los cónsules, si no aplaudian abiertamente las exacciones y las estafas de los prevaricadores, gustábales por lo menos ver cómo refluia en la ciudad el oro y la sustancia de este rico país, á cuya partici- pacion acaso no eran ajenos ellos mismos. La breve duracion de aquellos cargos producía dos efectos, ambos fatales para España: la rapidez con que los pretores procuraban enrique- cerse en el corto período de su magistratura, y la esperanza que todos tenian de que les tocara el turno de desempeñarla. Para mal de los españoles, Roma emprendió su conquista en la época en que iban desapareciendo las antiguas virtudes de la república, en la época en que los honores triunfales, los sufragios del pueblo y del senado, los mas elevados cargos del ejército y de la administracion, se obtenian y ganaban á precio de oro. De poco servía que algunos senadores preser- vados de la general desmoralizacion levantaran una voz amiga en favor de la desventurada España; que se formara en el senado un partido que se denominó español; que los Esci- piones y los Catones pronunciaran enérgicos discursos pi- diendo el castigo de los pretores avaros y criminales: su voz se ahogaba ante una mayoría corrompida ó ganada con el mismo oro que constituía el motivo de la acusacion, y los pro- cesados pretores salian absueltos. ¿Qué valia que á costa de esfuerzos arrancara Pison una ley autorizando á los pueblos de España para denunciar las depredaciones de los jefes mi- litares, y pedir la debida responsabilidad é indemnizacion? ¿A qué, si este derecho habia de ser ilusorio? Mas de una vez pasaron el mar y llegaron hasta el senado los lamentos de los pueblos oprimidos, expresados por embajadores enviados al efecto: pero la impunidad en que quedaban los acusados, la presencia siempre amenazante de las armas romanas en la Península, todo hacia que los españoles contemplaran inútil apelar al senado en demanda de justicia. El mismo Ciceron que presenciaba ya la caída de la república, Ciceron que pasaba por mas circunspecto y mas tímido que Caton, se atrevia á decir: «Difícil es expresar lo odiosos que nos hemos



hecho á las naciones extranjeras por las arbitrariedades y la cupidez de los gobernadores que les hemos enviado (1).» Lo que prueba cuán lejos estaba de haberse curado en tiempo del célebre orador tan mortífera llaga.

A cualquiera habria irritado proceder tan desconsiderado y abominable, cuanto mas á los altivos españoles, cuyos ánimos se hallaban hartos concitados ya con ver á los que antes se habian llamado sus auxiliares y amigos, trocarse en dominadores y señores. De aquí la resistencia, de aquí aquellas insurrecciones tantas veces sofocadas y siempre renacientes, á la manera de aquellas plantas que tanto mas se reproducen y multiplican, cuanto mas la cuchilla del podador corta su tallo. No sabemos que pueda haber guerra mas justa que la de un pueblo que se arma para defender su suelo, sus hogares, sus haciendas, sus vidas y su libertad, contra otro pueblo que intenta arrebatárle estos bienes sin mas derecho que el de ser mas fuerte y mas poderoso.

Compréndense, á poco que á la luz de la reflexion se examinen, las causas de la prolongacion de una lucha al parecer tan desigual, sostenida por dos pueblos, el uno afanoso de conquistar, el otro tenaz en resistir; entre una república poderosa, vasta, de muchos siglos ilustrada y sabiamente regida, y poblaciones rústicas y aisladas que aun no constituian nacion; entre legiones disciplinadas y aguerridas, y soldados sin organizacion y sin táctica; entre capitanes ceñidos de laureles recogidos en otras guerras, y caudillos improvisados que dejaban sus grutas y sus riscos para salir á los campos de batalla.

Cegaban á Roma dos pasiones; el afán de la conquista, y la sed de dinero. Lo primero la hacia cruel, destructora, asoladora; era su bárbara máxima reducir un país conquistado á situacion en que no pudiera rebelarse: «Roma no trata con sus enemigos hasta despues que deponen las armas.» Por lo mismo no escrupulizaba en exterminar, cuando creia necesario, los moradores todos de una poblacion ó comarca, desde el decrepito anciano hasta el niño de pecho, y en yermarla de habitantes: *pacem appellant ubi solitudinem faciunt*. Y ellos, los que se jactaban de haber nacido para dar la libertad á las naciones de la tierra, la asolaban para esclavizarla. Caton, el austero, el probo Caton, hacia ostentacion de haber deruido cuatrocientos pueblos en tres meses; y los sobrenombres de Africano, de Numantino y de Macedónico, significaban la ruina de otras tantas ciudades ó naciones. Lo segundo hacia á Roma desapiadada consigo misma. «Vengan arroyos de oro, y mas que se viertan raudales de sangre.» Así sacrificaba sus hombres, y los hombres de todo el mundo. César, á quien pintan como el mas humano de los guerreros de aquel tiempo, hacia murallas de los cadáveres, y calculan que habia muerto en batalla ordenada un millon de hombres y hecho un millon de esclavos. Pero conquistaba pueblos para Roma, y á su vuelta de España ostentaba entre sus trofeos un carro de plata fabricado de la recogida en este país. César era divinizado, y la sangre que aquel carro hubiera costado á Roma, no se tomaba en cuenta. Galba asesinaba inocua y traidoramente á los lusitanos, y Roma lo disimulaba; sin advertir, ó por lo menos sin escarmentar, si lo advertia, que aquella manzana producía la guerra de Viriato, que le costó tan cara. Así se prolongaba la conquista, porque se reproducian con la exasperacion las causas de la resistencia.

Ya hemos indicado como otra de las causas de la lentitud en los progresos de las armas romanas la breve duracion de las magistraturas militares; y por lo mismo que procuraban los pretores aprovecharla para acumular riquezas, solian emplear en esto tiempo y cálculos que hubieran necesitado para combinar y activar las operaciones de campaña. Acaecia muchas veces que cuando un general empezaba á conocer el terreno era reemplazado por otro desconocedor del país, el cual á su vez tenia que ceder el puesto al que venia á sustituirle en ocasion que acababa de concebir un plan de ataque ó que comenzaba á asediar una plaza. El pesado armamento

(1) *Difficile est dictu quantum in odio simus apud exterarum nationes propter eorum, quos cum imperio missimus, injurias et libidines*. Cic. pro Leg. Manil.

de los soldados romanos, de aquellos guerreros, almacenes vivientes cargados de armas ofensivas y defensivas, de víveres y provisiones para dos ó tres semanas, de estacas para formar trincheras, de instrumentos y útiles para abrir fosos y construir terraplenes, era un obstáculo para guerrear con gente tan ágil, tan desembarazada y frugal como era la española, para el sistema de asaltos, de correrías y de sorpresas que usaban y en que eran tan diestros y mañosos, compitiendo caballos y jinetes en agilidad y soltura, y para aquella guerra de emboscadas que era la desesperacion de las tropas regulares. Agréguese á esto el temor de los romanos á los inviernos de España, durante los cuales suspendian frecuentemente las operaciones, en especial en los países próximos á las montañas, donde no podian sufrir el frio y rigidez de la estacion.

Pero hubo otra causa que mas poderosamente que todas las que hemos enunciado, aumentaba las dificultades de la conquista provocando la resistencia. Empeñáronse los romanos en farlo todo á la ley de la fuerza, nada al atractivo de la dulzura; en ser siempre conquistadores, nunca civilizados; en hacer esclavos, no súbditos, mucho menos amigos; no en hacer á España una provincia tributaria de Roma, sino en explotarla como una mina siempre abierta á su voracidad. Desconocieron la índole y carácter de los indígenas, toscos pero altivos, rústicos pero nobles, sencillos pero pundonorosos y leales, fáciles en apasionarse de los grandes genios, en adherirse á los que los trataban con dulzura ó con generosidad, prontos á sacrificarse por ellos, á morir por ellos, á no sobrevivir á los que una vez habian jurado devocion; pero indóciles, tenaces, indomables, tratándose de tiranizarlos y oprimirlos. No enseñaban nada los ejemplos á los romanos. Olvidaron lo que habia sucedido con los Escipiones; no atendia Roma á lo que ganaba en España con el proceder desinteresado y noble de Sempronio Graco, y á lo que perdía con las vejaciones y latrocinios de Furio Philon: no veía que las monstruosidades y perfidias de Lúculo y Galba provocaban una guerra en la Lusitania, y que un rasgo de generosidad de Metelo en Nertóbriga le captaba la amistad de las ciudades celtíberas; menester era que estuviere muy obcecado para no ver á los españoles seguir á porfia las banderas de Sertorio, siendo romano, porque les dispensaba beneficios, al propio tiempo que preferian entregarse á las llamas hombres y pueblos antes que sucumbir á otros romanos de quienes solo servidumbre aguardaban. Si Roma hubiera respetado los tratados, hubiera hecho muchos súbditos, y se hubiera ahorrado mas de la mitad de su sangre, y muchas ignominias; los rompía con escándalo del honor y de las leyes, y con opróbrio y baldon de la *fe romana*, y costábale ejércitos enteros para dominar sobre cadáveres, sobre yermos y sobre ruinas. Así duró la lucha dos siglos. No pretendemos hacer la apología de nuestros antepasados, ni inventamos cargos que hacer á nuestros dominadores. Reflexionamos sobre los hechos tomados de las historias romanas.

Perdió por su parte á los españoles, y fué causa de que se malograrán tan heróicos esfuerzos y tan maravillosa constancia, la falta de concierto y de unidad. Tribus independientes y aisladas, jamás formaron un cuerpo compacto para resistir al enemigo comun. Sobrábalos de valor individual lo que les faltaba de acuerdo. Ni sabian apreciar las ventajas de las combinaciones, ni eran propensas á ellas. A veces reposaban los celtíberos mientras guerrearaban los lusitanos, ó se levantaban los vacceos cuando los bastetanos acababan de ser sometidos, ó estallaba la insurreccion en la Lacetania cuando la Bética tributaba honores semi-divinos á un general romano; y cuando los cántabros y astures se alzaron en defensa de su libertad, ya estaba subyugada toda España menos ellos. Hubo un español que concibió el pensamiento de proclamar una patria comun, y dirigió su voz y envió emisarios para ello á cuantos pueblos él conocia: tuvo al pronto algun resultado el llamamiento entre las tribus mas vecinas, pero Viriato se vió reducido á pelear con solas sus bandas lusitanas, y Numancia á defenderse sola. Cuando Viriato llevó la guerra cerca de Cádiz olvidóse sin duda de que hacia ya cincuenta años que Cádiz habia solicitado ser ciudad romana. Así divididos los españoles, no podian dejar de sucumbir mas ó menos tarde

ante las inagotables legiones de la perseverante y poderosa Roma. A pesar de todo, muchas veces hicieron vacilar el poder de la ciudad-reina, que hubo de humillarse á recibir condiciones de paz de una ciudad pobre, ó de un hombre á quien habia llamado bandido; y César no fué señor del *Mundo* hasta que ciñó el ensangrentado laurel de *Munda*.

No sabemos que la república estableciera en las comarcas españolas que iba conquistando otro gobierno que el de aquellos magistrados militares llamados pretores que solian ser cónsules que habian cumplido el tiempo de su encargo. A estos acompañaba comunmente un cuestor para la recaudacion de los impuestos, y era como una especie de intendente militar. La cuestura, segun Ciceron, era el primer paso para la carrera de los honores, lo que, como veremos luego, equivalia á la carrera de las riquezas: por eso muchos antiguos cónsules no se desdijeron de ejercer la cuestura. Siendo sus funciones recaudar los tributos, proveer de víveres y de dinero á la tropa, distribuir el botin, dar cuenta de los productos de las exacciones al tesoro central de Roma, era un empleo de los mas apetecidos, y entre el cuestor y el pretor solia haber muy estrecha amistad. Cuando el pretor ó prócónsul dejaba la provincia, le reemplazaba el cuestor interinamente en sus funciones. Era, pues, un gobierno militar en que las leyes de la metrópoli y los decretos del senado influian poco: pendia casi todo de la voluntad ó del capricho y de las cualidades personales de cada pretor. No obstante, alguna representacion debieron alcanzar las autoridades indígenas, desde que á fuerza de reclamaciones obtuvieron las ciudades el derecho, bien que casi nulo en la práctica, de acusar á sus depredadores, y mas adelante el de fijar ellas mismas la cuota y calidad de los impuestos. Remedio este último, que vino á hacerse tan ineficaz como el primero, porque lo que no podian sacar los pretores por medio de contribuciones, sacábalo á título de empréstitos y donativos como lo hicieron Lúculo y César.

Explícate la avidez de los pretores y su sed de riquezas por el estado moral á que habia llegado la república. Habian pasado los tiempos de los Fabricios, de los Cincinatos y de los Camilos, aquellos tiempos de austeridad republicana, en que la pobreza era una virtud, y en que el laurel iba á honrar el arado (1). Las riquezas eran ahora las que abrian el camino de los honores y de los empleos. Con oro se compraban los triunfos, con oro se ganaban las votaciones de las asambleas, oro era el que hacia senadores, pretores, cónsules y generales. La miseria á que la aristocracia del dinero habia ido reduciendo á la plebe romana, que en lo general vivia de una especie de limosna pública, ó de alguna corta distribucion de moneda que de tiempo en tiempo se le hacia despues de algun triunfo, ó de las sobras que los ricos le arrojaban alguna vez por ostentacion, se veia obligada á vender su voto, viniendo de esta manera á hacerse el sufragio un objeto de lucro y de tráfico inmoral. Por eso se daban tanta prisa los pretores á esquilmar las provincias, y así se hicieron en Roma aquellas fortunas desmesuradas que todavía nos escandalizan.

Se siente una admiracion disgustosa al leer las descripciones de las espléndidas moradas, de los soberbios palacios, de las suntuosas casas de recreo, que dentro de Roma y en las campiñas se ostentaban, y en que pasaban los opulentos patricios una vida voluptuosa y de deleites, rodeados de todo cuanto podia halagar los sentidos: aquellas paredes de mármol, aquellas estatuas, aquellos baños, aquellos jardines y bosquecillos de plátanos, de mirtos y de laureles; aquel costosísimo menaje, aquellos lechos de riquísimas maderas, cubiertos con planchas de plata, incrustados de oro, de marfil, de concha, de nácar y de perlas; cobertores nupciales que costaban millares de sestercios; mesas y triclinarios de maderas rarísimas sostenidas por delfines de plata maciza, como la de Cayo Graso, que valia un tesoro, ó como la de Ciceron, que equivaldria á cerca de un millon de nuestra moneda; platos de plata de doscientos marcos de peso como el que poseia Sila, tazas y vasos, candelabros y lámparas cinceladas de oro; aquellas bodegas como palacios en que se guardaban en tres-

(1) *Gauderet tellus vomere laureato*. Plin.

cientas mil ánforas los mas exquisitos vinos de todas las partes del mundo; aquellos estanques en que se alimentaban peces con carne humana para hacerlos mas sabrosos; aquellos opíparos banquetes, en que se hacian servir ostras del lago Lucrino, salmonetes del Adriático, sollos del Pó, cabritos de Dalmacia, caza de Jonia y de Numidia, ciruelas de Egipto, dátiles de Siria, peras de Pompeya, aceitunas de Tarento, manzanas de Tibur, aves preciosas y raras llevadas de los bosques de las mas apartadas provincias para un determinado festin; todo esto servido por multitud de esclavos, y alegrando el banquete músicos, cantantes y cómicos.

No nos detendremos á pintar los repugnantes placeres de otros géneros en que pasaban la vida aquellos opulentos y voluptuosos romanos. Las doctrinas sensuales de Epicuro se habian introducido no solo en las escuelas, sino en la práctica de la vida ordinaria, y abandonábanse á toda clase de goces y placeres. Así vivia aquella aristocracia degenerada y corrompida (2).

Entre tanto la plebe, la inmensa mayoría del pueblo romano yacia sumida en la indigencia, hacinada en miserables barrios y habitando hediondas viviendas, atendida á las limosnas públicas, ó esperando en vergonzosa ociosidad las liberalidades de los patricios, á quienes baja y humildemente servian y adulaban, y á quienes vendian su voto ó su puñal. Recogiendo Roma el oro, la plata, las producciones, los artefactos de todos los pueblos conquistados, descuidaba las artes, miraba como profesion innoble el comercio, encomendaba los trabajos de la agricultura á esclavos y á brazos serviles; y aquel pueblo sin artes, sin comercio y sin campos que labrar (que las propiedades estaban aglomeradas, concentradas en las manos de unos pocos patricios), no tenia mas alternativa que la guerra ó la miseria, y por eso tambien la guerra se perpetuaba. Queríanla los generales, porque era el medio de alcanzar riquezas, influencia y honores, y apeteceala el pueblo, porque algo le tocaba de los despojos de los vencidos. César decia que para adquirir, aumentar y conservar el poder, solo se necesitaban dos cosas, dinero y soldados.

La respectiva situacion de plebeyos y patricios habia producido revoluciones y guerras civiles. Los Gracos se habian declarado por el pueblo. Su muerte fué un triunfo para la aristocracia. Mario y Sila habian defendido, el primero la democracia, la nobleza el segundo. Sila habia realizado la aristocracia senatorial. Sertorio, Lépido y Catilina la combatieron. César se habia hecho dictador con el apoyo del ejército y de la plebe. No pudieron sufrirlo los patricios y le asesinaron. El senado, compuesto de aristócratas, protegía á los asesinos de César. Octavio vengó á su tío, y en la batalla de Filipos dió el último golpe á aquella corrompida aristocracia. El pueblo y el ejército le aclamaron con gusto emperador, porque defendia sus derechos, y preferian el gobierno y aun el despotismo de un hombre solo encumbrado por ellos, al de muchos aristócratas orgullosos. Así la verdadera base del poder de Augusto, mas que los títulos de dictador y de emperador, fué la autoridad tribunicia perpetua. Obra de los soldados y del pueblo su elevacion, contentó al uno y á los otros con donativos y recompensas, distribuyéndoles tierras y dándoles pan y espectáculos, *panem et circenses*. Augusto supo consolidar su poder respetando las formas y dejando una sombra de autoridad al senado; y fué fortuna para Roma, al pasar de la república al imperio, haber caído en manos de un hombre que se dedicó á pacificar el mundo conquistado por César, á reformar las costumbres públicas y á promover la civilizacion y las letras.

Tal era el pueblo y el hombre á quien se sujetó toda España. El estado intelectual de los españoles hasta esta época, era muy vario y distinto en sus diversas comarcas ó provincias.

(2) Para formar idea de la desmoralizacion, de la voluptuosidad y del libertinaje á que habian llegado los ricos patricios romanos, no hay sino leer las oraciones de Ciceron y las odas de Horacio. Sobre la suntuosidad de los palacios romanos y el lujo de su menaje, pueden verse las obras de Mazois y de Gabriel Peignot, que han recogido curiosos pormenores y noticias circunstanciadas sobre esta materia. Hállanse confirmadas estas noticias por todas las historias romanas.